

EL AMERICANISMO EN RAFAEL ALTAMIRA

Silvio ZAVALA

Recordemos los datos siguientes:

Fecha de su fallecimiento en México, primero de junio de 1951.

Mi examen de su americanismo: en 1951 en *Cuadernos Americanos*. En 1952, en el Homenaje de la Universidad de México al maestro.

En 1971, en la primera edición por la propia Universidad, Instituto de Investigaciones Jurídicas, de la obra: *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, por Javier Malagón y Silvio Zavala. La cual ha sido reimpresa en 1986, texto este último que será el comentado ahora.

¿Por qué me sigo fijando en el americanismo de Altamira? Porque con motivo de la cercana conmemoración del V centenario del Descubrimiento de América, mucho se habla y se escribe sobre la manera como los pueblos del mundo iberoamericano deben conservar y promover sus relaciones recíprocas; y en el mensaje de Altamira hay observaciones y proposiciones que conservan su vigencia y podemos decir su actualidad.

La razón de ello consiste en que desde su mirador de internacionalista, de historiador de la civilización española, de visitante y amigo de los pueblos de Hispanoamérica, había logrado superar los obstáculos que a veces entorpecen la comunicación amistosa de ellos con España y entre sí.

Me pareció en mi escrito de 1951, que Altamira había iniciado: "un hispanoamericanismo de cultura, entendimiento y optimismo sobre un fondo histórico ensombrecido por las luchas del pasado y por los fracasos de los países hispánicos a uno y otro lado del Atlántico".

La campaña americanista de Altamira comprendía dos fases inseparables: la imagen de España que ofrecía al americano, y la de América que proponía al español.

Estimaba que el pasado de España contenía, como el de otros pueblos, aciertos y errores. Era obra de todo el pueblo y no sólo de

sus monarcas. Quería que esa historia fuera conocida en sus contornos ciertos. Y que la visión de un presente deseoso de vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, no rompiera la tradición que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida.

Por lo que ve a la imagen de América ante el público español, recuerdo en mi estudio que el historiador mexicano Carlos Pereyra, tras largos años de residencia en España, aspiraba a que ésta contara como vida propia, de realidad palpitante, los tres siglos de su acción creadora en el Nuevo Mundo.

Había distancia entre las posiciones de Pereyra y de Altamira, pero en este juicio coincidían, porque el segundo proponía como base del programa americanista de España, el reconocimiento de que la experiencia de América en su etapa colonial formaba parte inseparable e importante del conjunto de la historia y la civilización españolas. A esto me he permitido añadir el ejemplo de Roma ante su colonización en la Península Ibérica, paralelo que mucho ayuda a ilustrar a españoles e hispanoamericanos acerca de la manera histórica apropiada de ver su experiencia común.

Entre junio de 1909 y marzo de 1910, Altamira visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos de América. Dio unas 300 conferencias. Al regresar a España fundó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, en el Centro de Estudios Históricos, que funcionó entre 1911 y 1913. Desde 1914 desempeñó en la Universidad Central de Madrid su famosa cátedra de "Historia de las Instituciones políticas y civiles de América", común a los doctorados de Derecho y de Filosofía y Letras, con alumnos españoles, hispanoamericanos, filipinos y de otros países. A ella asistió hasta su jubilación en el año de 1936.

Tuve la oportunidad de escuchar sus enseñanzas de 1931 a 1933.

Posteriormente, con algunos cambios, la han mantenido viva los catedráticos Alfonso García-Gallo y José Manuel Pérez-Prendes, quienes han formado a su vez discípulas mexicanas que vienen a ser las nietas intelectuales de Altamira, animadoras de los estudios de la historia del derecho hispanoamericano y colaboradoras en la presente reunión.

Muy diferentes circunstancias de la historia contemporánea rodearon al segundo viaje hispanoamericano de Altamira. Había sufrido los estragos de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. Venía a reunirse con sus familiares en un pedazo de tierra de América que, por fortuna, no causaba reparo a su fina sensibilidad de liberal en exilio. El descubrimiento de América que la emigración

impuso a tantos españoles, él ya lo había realizado en circunstancias más afortunadas. Recordando la emoción calurosa que fue compañera de su pensamiento en el ejercicio de su profesión docente, escribía Altamira en uno de sus últimos libros: "Vuelvo a ver, con los ojos del espíritu, el espectáculo amable de mi cátedra, con su ambiente de entusiasmo profesional, que nunca le faltó; y también me aparecen las imágenes de muchos de mis alumnos, los unos bastante felices para seguir trabajando serenamente en sus respectivas patrias; los otros —y no serán éstos quienes menos duren en mi visión— sacrificados por ilusiones menos seguras, de cierto, que el saber científico, o perdidos, hoy por hoy, quién sabe dónde, para mi afecto y para su vocación, tal vez para siempre".

Del combate de Altamira queda el recuerdo de una vida sencilla y digna, y de su obra colmada de paz, amistad y nobleza. Fue un hombre que, a fuerza de creer en la fase constructiva de nuestra historia, se convirtió en prueba convincente de su doctrina.